



REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

DIRECTOR LITERARIO
BENITO MAS Y PRAT

PRECIOS DE SUSCRICION
Un año, 48 rs.—Seis meses, 26.—Tres meses, 14.

AÑO II.—NUM. XIX
PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA

Sevilla, 30 de Enero de 1882.

DIRECTOR ARTÍSTICO
TOMAS POVEDANO

PRECIOS FUERA
Un año, 52 rs.—Seis meses, 28.—Tres meses, 15.

REVISTA QUINCENAL

Viene Febrero.

Y con Febrero Carnaval, y con Carnaval la época de las verdades y de las huidas, y de las noches de insomnio, que preparan la llegada de la ceniza.

En Sevilla se divierte la humanidad por adelantado. Con motivo de los días de S. M. hemos tenido reuniones brillantes, y recepciones donde se han podido lucir las cintas y las cruces.

En adelante estas reuniones serán más numerosas, porque las gracias llueven y las *Gacetas* de estos días traen una verdadera bandada de comendadores y caballeros.

Felices aquellos á quienes tocan sólo las cruces de oro ó de plaqué; á mí me tocó hace poco una de carne y hueso, cuya leve y grata carga trae, apesar de todo, un legado de calvarios imprescindibles.

¿Quién podrá decir otra cosa de la gran cruz del matrimonio?

Meditemos.

Dicen que va á subir el precio del café, ó, por lo ménos, el de las propinas.

Ante tamaña perspectiva saltan mis sienes y se cierran mis párpados.

La subida del café supone la muerte en agraz de las obras de los ingenios que con él se desvelan y alimentan.

Del delicioso humo del Moka brotan

Esas vírgenes sin forma,
Que por ser intangibles son más bellas.

Del delicioso humo del Moka hubiera salido la *Iliada*, si diera con el café el dormilon Homero.

El célebre *aliquando bonus dormitat* no hubiera pasado á la categoría de latinajo célebre, y al *vitam faciunt balnea, vina, Venus*, se hubiera añadido el nombre de esa sustancia aromática, indispensable en los tiempos modernos.

Meditando, como he dicho, en la gran desgracia que amenaza á todos los cerebros privilegiados, he hallado con gran trabajo la sustitucion.

En vez de café, he de tomar té con espacios y todo.

Esta sustitucion no es una cosa determinada *à priori* y sin reflexion; antes bien, está fundada en las enseñanzas de los libros santos de las razas árias y tiene un origen que huele á chino á veinticinco leguas.

«Una piadosa leyenda atribuye al té el siguiente origen.

Parece que 500 años ántes de nuestra Era vivia un piadoso personaje que se llamaba Durma.

Movido á compasion de la ignorancia en que estaban los habitantes del Celeste Imperio, emprendió la tarea de predicarles la palabra divina, y el santo varon partió para su campaña sin provisiones y confiado en la proteccion de la Providencia.

Un día, extenuado de fatiga y de hambre, cayó al suelo y se durmió: al despertarse, avergonzado de haber cedido á la naturaleza, se arrancó las pestañas para castigarse y las arrojó en torno suyo.

Inmediatamente nacieron graciosos arbustos; estupefacto el santo, probó las hojas nacidas de sus pestañas, que le parecieron agradables, y le devolvieron el vigor.

Desde entónces él mismo fué el que se encargó de propagar la planta.»

Ya ves, lector, que despues de esto he de tomar té á espacios.

* * *

Como la cuestion del tiempo va siendo cuestion batallona, yo no quiero dejar de ser revistero cortante, y voy á darte como mias unas cuantas reflexiones acerca del tiempo, que hizo hace días un periódico francés:

«El presente invierno de 1881 á 1882 será colocado en la lista de los inviernos templados que forman la historia de la Meteorología. Por todas partes se señalan fenómenos de temperatura benigna ó muy templada.

Esta templanza en la temperatura no es un fenómeno, pues en el invierno de 1172 subió tanto la columna termométrica, que los árboles se cubrieron de hojas, los pájaros incubaron y salieron los polluelos en Febrero.

En 1289 no hubo invierno; en 1421 los árboles florecieron en el mes de Marzo y las viñas en Abril; las cerezas maduraron en este último mes y las uvas en Mayo; en 1538 los jardines se esmaltaron en Enero; en 1572 sucedió lo mismo que en 1162; los años de 1607, 1609, 1613 y 1617 han sido marcados como inviernos calurosos.

En 1659 no cayó ni un copo de nieve. En Alemania, en el invierno de 1692, no hubo necesidad de encender chimeneas ni estufas. En fin, los años de 1781, 1807 y 1822 son citados como de temperatura benigna, y fueron anotados como fenómenos meteorológicos; lo mismo aconteció en 1876, cuando la grande inundacion del Sena.»

Esto podrá ser la carabina de Ambrosio, pero no han de desmentirlo los años

Que se van,
Paloma, sin volver,

como decia aquella bonita danza que se cantaba cuando aún no habia acaparado el género el Salon de Silverio.

* * *

Hé aquí algo acerca del estreno de *Los guantes del cochero*:

Los guantes del cochero, que no sabemos de qué color eran, dan lugar á uno de esos cuadros que podríamos llamar de malas costumbres, y que tan frecuentes son en nuestros días.

Un marido, tronera hasta el ultimo acto, y un gomoso, que se deshace en el agua fuerte de la penúltima escena, hacen parejas á una *cocotte* y á una mujer avispada, que se ve por casualidad en el hotel de la querida de su esposo, con la que la curiosidad femenil le hace intimar por algunas horas.

El *chic* de la trama consiste en que la esposa entretiene al esposo, que la cree otra que tal, hallándose en el gabinete reservado de un salon de baile con la consiguiente sorpresa, al quitarse su cara mitad el antifaz que la protege.

La esposa toca por sí misma los resortes de que las *entretendidas* se valen para *entretener* á los maridos casquivanos y aprende muchas cosas que no sabia, concluyendo por asegurar á su marido que será para todos su esposa y para él solo su amante.

Á nuestro juicio, el principal mérito de la obra consiste en haber el autor atravesado sin grandes obstáculos el espinoso sendero de la ficcion, sacando á la vergüenza esas terribles intimidades del tiempo moderno, que apénas se vislumbran en el hogar, y que son frecuentemente venero de comedias y dramas reales.

La obra está escrita con facilidad; tiene movimiento escénico y algunos pensamientos bellos y oportunos: por lo demás, no hay gran originalidad, y los caracteres se extravian un tanto en el tercer acto.

Esto se ve patente con sólo observar la manera que tienen los personajes de sentarse á la mesa.

El gomoso, que debe hallarse fuerte y atrevido en el mero hecho de poseer un importante secreto de la mujer de su amigo, conviértese, por el contrario, en un cándido doctrino desde aquel momento, y habla, como la *cocotte*, lo que no podian pensar, dados los antecedentes del primer acto.

Así y todo, el talento del autor y el interés de la escena hacen prodigios y no dejan escapar la atencion de los espectadores. La comedia acaba como debe acabar: cuando la gravedad de la situacion hace imposible la presencia de la mujer de mundo, á ésta se le pierden los diamantes y desaparece. Su aderezo de piedras americanas no haria *pendant* con el aderezo de buena ley de la esposa reconciliada,

Que sabe no salpicarse
Aun pisando sobre lodo.

De la ejecucion poco tenemos que hablar; hecha la obra para determinados actores de la Côte, segun la moderna usanza, les vino estrecha á la mayor parte de los que la representaron en Cervantes; si bien tenemos el gusto de consignar que el Sr. Martinez estuvo perfectamente y nos hizo comprender el por qué del éxito madrileño.

Los guantes del cochero tiene detalles que pasaron desapercibidos para muchos, por ser puramente cortesanos.

EL DÓMINE LÚCAS.

EL MES DE ENERO

No extraño que los poetas, en un momento de mental extravio, canten las *delicias* de que anualmente es portador el mes de Enero, siquiera sea por lo que encierra de triste y melancólico; concedo que los pintores, á falta de otros asuntos para sus creaciones, representen el invierno bajo especiales simbolismos; y, hasta dispenso que un escritor, ante la necesidad de llenar unas cuantas cuartillas, ensalce la *grandeza* de una estacion en que, viéndose la naturaleza despojada de todas sus galas, se oculta avergonzada bajo el blanco suda-

rio de la nieve, mientras que en su cariñoso seno reconcentra sus fuerzas y elabora una nueva vida; pero lo que no me explico, es la existencia de hombres capaces de erigir una estatua al frío, y mucho menos del mérito que los inteligentes atribuyen á la que en 1805 se descubrió en las ruinas de Ostia y que actualmente se conserva en el museo del Vaticano, bajo la figura de una hermosa mujer, tendida en tierra, con una tea flameante en una mano y rodeada de dos cigüeñas y una tortuga, en que cabalgan sus correspondientes geniecillos. Y no cabe atribuir aquel magnífico trabajo á una extravagancia de pasadas generaciones, porque artistas modernos como Lagrenés, Prezel, Cambós y Doyen han decorado otros museos principales con preciosas alegorías y encantadores caprichos modelados bajo la inspiración del período glacial.

Debo suponer que estos célebres escultores vivirían muy á gusto en la América del Norte, donde desde 1834 el termómetro desciende á 40°; en la Siberia, donde es cosa habitual la congelación del mercurio; en Moscov, donde descendió á 42° y 44° bajo cero, en los años 1808 y 1809, y hasta en la isla de Melville, donde el célebre capitán Ross atravesó una plancha de una pulgada de espesor con una bala de mercurio helado con que había cargado su fusil.

Pero yo aseguro que si algún día pisara aquellos países, en cuanto comprendiese que nuestro planeta empezaba á recorrer el arco de su órbita más próximo al sol, ó sea aquel en que no le separan de éste más que 37.700,000 leguas, y que, como consecuencia, los rayos solares comenzaban á bañar la tierra con oblicuidad, emprendería el viaje para mi querida Sevilla con objeto de gozar de las *delicias* del invierno de una manera quizás no tan poética y menos artística, pero más *confortable*.

No me detendría ni el deseo de experimentar esa gratísima emoción que tanto ponderan los hijos predilectos de Rusia, Inglaterra, Noruega y Suecia, proporcionada por la rauda carrera que imprimen á los *trineos de placer* aquellos hábiles patinadores que, en medio de su vertiginosa marcha, van describiendo correctísimas curvas, figuras y dibujos sobre las dilatadas planicies de hielo; ni el que me regalaran las infinitas legiones de esta clase de vehículos de gallardas y caprichosas formas, forrados de ricos terciopelos y valiosas pieles, que, arrastrados por caballos, renos ó perros esquimales, según el gusto y fortuna de sus respectivos dueños y el objeto á que se dedican, invaden las heladas llanuras de la Laponia, Siberia y Norte de Europa. De aquí que, como no deseo para mí ni uno siquiera de esos antiguos y rudimentarios carruajes, tomaría con ellos igual resolución que la adoptada en los países meridionales. Los abandonaría á todos.

Nada que con el frío se roce puede identificarse conmigo.

Sin embargo, en el interior de los pueblos donde reinan semejantes temperaturas, tienen los polizontes conferido un cargo que, por lo filantrópico, se me ha hecho simpático.

Sabedores aquellos naturales de que los puntos más culminantes de su individuo, como orejas y nariz, suelen congelarse sin producir el más leve dolor, y, por tanto, sin notarlo el propietario, la policía está encargada de observar atentamente el semblante de los transeuntes para advertirles del peligro y auxiliarles con una fricción, si el estado lo requiere.

Pero, nada; apesar de mis simpatías por tan laudable precaución, no me reconcilio con el invierno.

Prefiero la primavera; aquellas incomparables mañanas de gratisimo ambiente, portador del delicado perfume de las flores; la estación de los gratuitos conciertos de esos inimitables artistas alados, que, doquiera que hay un árbol donde establecer su nido, un rayo de sol que tornasole su plumaje y un soplo de brisa que columpie su aérea vivienda, allí se les ve contentos y satisfechos: nada piden, nada desean, sólo quieren libertad á cambio de las armónicas notas que en caprichosa escala é incansable afán lanzan al espacio con sorprendente afinación.

Quiero ver la naturaleza luciendo todas sus galas, todos sus encantos, toda su grandeza.

Quiero poder admirar ese limpio é inimitable

color azul del cielo de Andalucía y gozar en sus repentinos cambios, comparables con la rapidez con que la humanidad se torna de alegre en sombría, de satisfecha en anhelante.

Quiero, en fin, que desaparezca el mes de Enero y con él sus desastrosas consecuencias.

LUIS B. PALMÉR.

LA GEOGRAFÍA EN EL SIGLO V ÁNTES DE JESUCRISTO

PRIMERA CONFERENCIA

HOMERO.—HESÍODO.—LA ESCUELA DE MILETO

En ese oscuro é indefinido lapso de tiempo que forma el Génesis de la historia de los pueblos; cuando esa propensión común á todas las razas impone á los hombres la absurda creencia de la propia superioridad sobre las demás familias que huellan la superficie del planeta; cuando el pensamiento, dormido en el regazo de avasalladoras teorías, créese á merced de un conjunto de fuerzas sobrenaturales que mueven caprichosas los ignorados resortes de la creación, y puebla de ideales engendros los espacios para él desconocidos, soñando ver en esos matizados grupos de nubes, que parecen besar las olas en los confines del horizonte, otras tantas inabordables islas que habitan monstruosos abortos de la Naturaleza, ó benéficos genios que apuran múltiples placeres en el seno de eternos Paraísos; cuando un suelo virgen ofrece los necesarios dones para satisfacer las escasas necesidades que son inherentes á un estado social inculto; cuando ese mismo estrecho espíritu impele á los pueblos á inmovilizarse dentro de sus fronteras, como si todas las entidades humanas no tuvieran un fin idéntico armonizado con la identidad de su naturaleza; cuando no existen, en suma, las ideas de fraternidad, la libertad del pensamiento, la navegación, las relaciones internacionales, mercantiles ó diplomáticas, imposible es que exista conocimiento rigurosamente científico, y menos en lo concerniente á la ciencia geográfica; hallando sólo en nuestra investigación histórica extraños y áun ridículos sistemas cosmogónicos, exacto conocimiento del país ocupado, y en lo restante innumerables fábulas, confusa mezcla de lo pueril y lo sublime, ora esparcidas de boca en boca, ora conservadas y fomentadas por los sacerdotes, ora condensadas en los líricos religiosos himnos de los vates, ó en los magníficos cantos de colosales epopeyas.

Era semejante á la recientrada pintura el cuadro de la antigua Grecia, cuando una expedición á Troya fracasaba porque los pilotos habían guiado sus naves á las costas de la Mysia, cuando un viaje á África hubiera bastado para inmortalizar al osado emprendedor, cuando el nombre de la ya poderosa y no lejana Roma era desconocido, cuando se imaginaba á Sicilia morada de gigantes cíclopes, y cuando esa ingénita aspiración al bien sumo, sin objetivo en la existencia real, hacía germinar en el alma de los griegos la idea de la Edad de oro, y sin verla en la cúpula de la perfectibilidad humana y, por tanto, en el porvenir, pensaronla realizada en los Campos Elíseos; y realizados éstos ora en los campos de nuestra patria, ora en las ardientes costas de la Cirenaica, ya en la infecunda Albion, ya en las heladas márgenes del Istro, ó bien en las islas Fortunadas, de las que, dice un escritor moderno, que «si los bosques de las Hespérides no tienen allí su asiento, el cerro de Doramas es buena prueba de que allí le debieron tener.»

Un siglo antes de la primera Olimpiada, tres siglos después de la destrucción de Troya y novecientos años antes de la venida de Jesucristo: hé aquí, según los mármoles de Paros, la fecha del nacimiento de Homero. Siete ciudades se disputaron la gloria de haber sido su cuna, cuyos nombres se conservan en el siguiente dístico:

Smyrna, Rhodos, Colophon, Salamis, Chios, Argos, Athenæ
Orbis de patria certa, Homere, tua.

Creo que, de habersido posible, se lo hubieran disputado todos los pueblos del mundo. Reunían entonces los poetas toda suerte de conocimientos, y esto por una parte y por otra el vastísimo genio de Homero, fueron causa de que la *Iliada* y la *Odissea*, como fuentes del conocimiento geográfico, pa-

saran á las siguientes generaciones con una aureola tal de crédito y grandeza, que Estrabon, Kasmus, Lipse, Ziske y otros sabios gastaron una inmensa porción de tiempo en establecer analogías entre los muchos fabulosos detalles de estos poemas y la verdad de los cosas posteriormente averiguadas y sabidas.

De todas suertes Homero, y así lo declara Hiparco y con él Estrabon en el exordio de su tratado, es el primero de cuantos en la Grecia escribieron, si bien indirectamente, acerca del conocimiento geográfico.

La exposición geográfica de Homero suele ser concisa, sobria: á veces un solo vocablo le basta para expresar toda la vida de un pueblo.

Véase cuán gráficamente caracteriza las comarcas en estos fragmentos de la última parte del canto II de la *Iliada*, enumerando las fuerzas que concurren á la conquista de Troya: «Los que habitaban Argos, las fuertes murallas de Tiryntho, Hermione y Asina; los de los profundos golfos, Trezene, Eiones y Epidanza, cuyas lomas se cubren de viñas.... Los de la bella Mycenae, de la rica Corinto, de la bien construida Cleones, de la deliciosa Arrethurea.... Los que habitaban la vasta y baja Lacedemonia, los de Mysia, lugar tan amado de las palomas, y la marítima Helos, etc.»

Si la misión de los genios es asumir, condensar en su espíritu el espíritu de todos sus contemporáneos, y abrir ante sus ojos las puertas de una nueva edad, justo es confesar que Homero cumplió su providencial destino al reflejar en las páginas de su *Iliada* todos los elementos que constituían la existencia de la Grecia; y, reunidos éstos, precipitarla hácia la realización de su fin histórico.

La cosmogonía homérica puede determinarse en muy breves palabras.

La tierra es un extenso disco, ceñido por el inmenso río *Oceanus*, y en cuyo centro, siguiendo una preocupación entonces común á todos los pueblos, estaba la Grecia, arrullada en su infancia por las sonantes ondas del Egeo. Sobre este disco se extendía, como una bóveda metálica, el cielo, grandioso circo de zafiro que surcaban mil áureos y argentinos carros, conductores de otros tantos astros: las Hyadas, las Pléyades, Orion, en el polo ártico, constelaciones que jamás desaparecen, la Osa en el hemisferio austral, y entre ellos el carro del Sol, tirado por fogosísimos potros, que volaba desde las orillas del día, situadas en el Oriente del mundo, hasta las playas de la noche, en el Poniente, donde le esperaba un buque de oro forjado por los membrudos cíclopes en las entrañas del Etna, y le conducía por el Norte al esplendente lago de la luz.

Como contraste al soberbio espectáculo del firmamento, gravitando sobre la cumbre del Atlas, se abre al pie de aquellas firmes columnas, soportes de la tierra, la tenebrosa fauce del Tártaro, de donde no salen los gemidos de desesperación de los réprobos y á donde no llegan ni la luz de los cielos, ni las oraciones de los vivos.

El cielo y el Tártaro son dos superficies semi-esféricas, medidas por un mismo radio. Homero nos dice que Vulcano tardó un día y una noche en descender del cielo á la isla de Pattmos.

Fuera de esto no había sino el Caos, origen de toda existencia material, indefinible mezcla del ser y del no ser.

¡Cuán conforme es una idea tan poéticamente falsa del Universo con el origen de ese sistema, con la época en que nacía, con el gran pueblo en que se daba á luz!

Estudemos el sistema de Homero, con relación á los tres indicados aspectos.

¿Cuál pudo ser su origen? Yo le creo nacido en la India, al calor de aquella exuberante naturaleza y al esplendor de aquella pasmosa idealidad.

La Tierra, dice la cosmogonía india, es una superficie curva flotando sobre las aguas; así como la griega envuelve al mundo en las corrientes del Océano. En ésta, como en aquélla, es el cielo una gran bóveda metálica. Una tortuga de incalculables proporciones, ó bien cuatro robustos elefantes, hacían las veces del Atlas, siendo de notar que los caldeos consagraban á tal ocupación cuatro elevadísimas rocas. También la India, á semejanza de la Grecia, se coloca arrogantemente en el centro del poblado disco, y también en el centro de la



«Un viaje á Torrijos.»
(Apunte á la pluma, por D. Tomás Povedano.)



HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID

India, y, por consiguiente, del mundo, se iergue el monte Meron, monte sagrado, como el Olympo, residencia de las divinidades helénicas, se destaca en el centro de la Grecia, y, por consiguiente, en el punto céntrico del mundo.

(Continuará.)

MARIO MENDEZ.

LA VIRGEN DEL REPOSO

(TRADICION)

I

«Noramala lo pariste,
Lo pariste en hora mala,
¡Ojalá que virgen fueras,
Cual los cristianos te aclaman.»

Así un maldecido hebreo
En voz baja murmuraba,
Prosternado ante la Virgen
Que del Reposo es llamada.
Y, aunque á su lengua movía
Todo un infierno de rabia,
Muestra muy devoto el rostro,
Muy devota la mirada.

Sacristanes y canónigos,
Pajes y garridas damas,
Togados é inquisidores,
Pelaires y hombres de armas,
Pensando en que reza humilde,
La atencion en él paraban,
Y, «este es converso de veras,
Decian, «su fé le salva»

Y, tanto su aire contrito
Y su fervor admiraba,
Que el mismo Prelado augusto,
Con pontificales galas,
Al pasar por el crucero
Donde el maldito se halla,
Echóle tres bendiciones
Con tres oraciones largas.

Él, á los hombres mentía,
Mas la Virgen lo escuchaba.
El Hijo llora en sus brazos
Porque á su Madre se ultraja.

II

Llegó la bendita noche
En la que todos se ufanan
Conmemorando el principio
De la redencion humana.
La Santa Iglesia Mayor,
Llena de luces y galas,
Parecia una colmena
De niños, hombres y damas.
Todos rezaban alegres,
Porque todos olvidaban
Que á Belem sucedió el Gólgatha
Y el cruel *Inri* al *Hossanna*.

Al compás de las vihuelas,
Panderos y carrañacas,
Y jubilosos cantares
Y fervorosas plegarias,
El judío, ante la Virgen
Del Reposo, murmuraba:
«Noramala lo pariste,
Paristes en hora mala.»

Callaron las panderetas,
Himnos, rezos y plegarias,
Y disipóse el incienso
Bajo las bóvedas altas.
Por las puertas de la iglesia
Salióse, cual siempre pasa,
A empujones, todo el pueblo,
En forma de catarata.
Marchóse el seglar cabildo
De la ciudad sevillana,
Y detrás de él los justicias,
Pelaires y hombres de armas.
Desfilaron los canónigos,
Y fué el Prelado en andas,
Y se apagaron los cirios,
Y tras los cirios las lámparas.
Y entonces, en la profunda
Oscuridad más cerrada
Y en el medroso silencio,
Gritó una voz sobrehumana:
«Noramala lo pariste,
Paristes en hora mala.»

Y era una voz seca, fria,
Cual de una estatua brotada,
Voz tal, que el eco asombrado
Á repetirla no osaba.

III

Lleno de terror el pecho
Y opresa de angustia el alma
Un sacristan, que la última
Luz de un altar apagaba,
Corrió, por fuerza invencible
Arrastrado, á do sonara
Aquella voz que le hiela,
Aquella voz que le espanta.
Ve, ante la imagen bendita
Que del Reposo es llamada,
Y prosternado, al judío
Que tantas veces mirara.

Repónese; que esté solo
En tal sitio no le extraña,
Pues quien fervoroso reza
Sin oír las horas pasa.
—Idos, que es tiempo.—El judío
Nada le responde, nada.
—¿No escuchais?—No le contesta.
Pónele sobre la espalda
La mano, y en ella siente
La impresion de nieve helada.
—¡Dios mio!—grita—¡está muerto!—
Pero le acerca á la cara
Un farolillo, y su boca
Terrible alarido exhala.
Ve los ojos del hebreo
Convertidos en dos brasas
De fuego, y mira sus labios
Moverse y con rabia insana
Exclamar: «¡Mal lo pariste!
¡Lo pariste en hora mala!»
Alzó el sacristan los ojos
Á la imagen, y al mirarla
Vió que la Virgen y el Niño
Lágrimas tristes derraman.

IV

Fué el sacristan al palacio
Del Prelado, á quien relata
El caso que le suspende,
El suceso que le embarga.
Corre el Prelado á la iglesia
Con comitiva no escasa
De pajes y de canónigos,
Y bajo la imagen hallan
Al hebreo repitiendo
Siempre las mismas palabras.
Quieren del sitio arrancarlo;
No pueden. Tiene pegadas
Á las losas las rodillas
No es hombre, es mármorea estatua,
Por cuya boca el infierno
Horribles blasfemias lanza.
El Prelado por él ruega,
Échale sobre la espalda
La estola, con aspersiones
El villano cuerpo baña.

Entonces vida recobra,
Del pavimento se alza,
Mira á la bendita imagen,
Sus ojos báñanse en lágrimas,
Y con voz que al templo asorda
Mil y mil veces exclama:
«Norabuena lo paristeis,
De Dios Madre Inmaculada.»
Y la Virgen del Reposo,
En la ciudad sevillana,
Con advocacion tan dulce
Es desde entonces llamada.

M. CANO Y CUETO.

EL DEBER OLVIDADO

Cuantas veces salimos al paseo llaman nuestra atencion esos círculos de niñas que se entregan á los juegos propios de su edad y hacen resonar el aire con su algazara infantil; tristes reflexiones se agolpan á nuestra mente cuando vemos á aquellos tiernos seres confiados al cuidado de mujeres mercenarias, que se ocupan más de escuchar los galanteos de su acompañante que de vigilar las acciones de las que han puesto bajo su custodia.

Crean las madres que han cumplido con sus deberes, buscando sirvientes que lleven á sus hijos al paseo y tengan cuidado de que no se lastimen ó sean víctimas de algun accidente físico que comprometa su vida.

Error grave y de funestas consecuencias, que muchas veces ha llenado de luto y amargura á familias respetables que, si cometieron una indiscrecion, pagaron bien cara su falta de vigilancia.

Vamos á demostrar esta verdad.

Mientras la madre asiste al paseo y á las grandes reuniones, embriagada con la adulacion y la lisonja que el mundo la tributa, espíemos nosotros lo que pasa en esos grupos de hermosas niñas y analicemos una por una á aquellas rosas infantiles, que rien y brincan con el ardor propio de los pocos años.

No todas las niñas son de la misma edad: fijémosnos en aquella más alta que las restantes, próxima á despedirse del vestido corto, signo de su infancia, y en vísperas de cambiar de traje en armonía con la adolescencia por cuyas puertas va á penetrar en breve.

Nunca la veremos sola; á su lado hallaremos algun muchacho de su misma edad y que, con un desarrollo precoz para el galanteo, prodiga á aquella jovencita, con aspiraciones de mujer, toda clase de lisonjas: la niña, llena de vanidad, acepta aquellas frases como un homenaje rendido á su hermosura y gallardía, se enorgullece con estas distinciones, distraiendo por completo su pensamiento del estudio y las labores, pensando tan sólo en alimentar ilusiones cuyas fatales consecuencias no le es dado preveer.

Algunas veces no es un muchacho el que se apro-

xima; es ya un jóven cínico y desvergonzado, que habla mal de todas las mujeres, olvidando el insensato que una mujer fué su madre; se burla de lo más respetable, teniéndose por un hombre instruido porque ha leído unas cuantas novelas y algunas poesías á cambio de las malisimas notas obtenidas en los años que lleva de carrera.

Dejamos á la consideracion del lector lo que aquel miserable podrá decir ó enseñar á aquella desgraciada niña; el lenguaje del mozalvete indudablemente guardará armonía con el que habrá oído muchas veces á la sirvienta, con la diferencia de que entonces para ella aquellas palabras no tenían valor alguno; pero el astuto tentador, que no la pierde de vista, la hará comprender lo que siempre debió ignorar.

¡Ceguedad incomprendible la de las madres! No hay ojos más vigilantes ni más perspicaces que los de ella: con su intuicion maternal comprende el peligro ántes que éste se presente, y se prepara á combatirle con energia para apartar del lado de su hija hasta la más ligera sombra de riesgo.

La niña en quien nos hemos fijado continúa frecuentando el paseo y aspirando con avidez el veneno letal que su acompañante filtra en su alma; el tiempo pasa, pero la inocencia ha desaparecido, y la niña, hecha mujer, oculta en el corazon sus sentimientos, guardándose de su madre, en la cual no ve más que una autoridad molesta, á quien ama si satisface sus caprichos y mira con prevencion cuando pone un justo freno á sus locas é inconvenientes exigencias.

Vivieron ámbas separadas en esa edad en que la niña busca con ansia el cariño materno; las distancias se agrandaron, y, al llegar á la peligrosa edad que nos ocupa, la madre ha perdido la confianza de su hija, confianza que rara vez se recobra.

Son muchos los casos en que la madre no quiere conocer el peligro que amenaza á su hija; halagada por los elogios que de ésta le hacen, todavía contribuye á desarrollar la loca vanidad de aquella infeliz jóven, que se ha persuadido de que la hermosura es el mejor patrimonio y que sólo á ella ha de deber su porvenir y felicidad.

No basta la pureza material en la mujer, se necesita el alma inmaculada; un sentimiento recto y justo del honor sin el juicio extraviado; una conducta sencilla y modesta que atraiga por su mismo candor, pero que infunda respeto á todo aquel que al acercarse á su lado conciba el más leve pensamiento que no esté en armonía con las leyes más rectas del honor.

Si la mujer es débil por su constitucion, es grande y fuerte por sus virtudes, que la guardan con más seguridad que la plancha de acero mejor templada defiende el acorazado buque.

El hombre más libertino se siente dominado y débil cuando le sale al paso una jóven de frente casta y pura, que con su límpida mirada le infunde respeto, obligándole á rendir culto á la virtud que, cual el sol, brilla é ilumina cuanto encuentra á su alrededor.

¿Podremos esperar que las niñas abandonadas en plazas y paseos al cuidado de niñeras y criadas, que si hay algunas buenas, otras pueden no serlo, y con ellas basta para extraviar los nobles instintos de aquel pequeño jardín; podremos, repetimos, aguardar que al llegar á la edad nubil vengan preparadas á cumplir la noble y delicada tarea que Dios les impuso?

Nuestros lectores contestarán por nosotros: si toman en cuenta las observaciones que hemos desarrollado, y se fijan en el hecho que acabamos de citar, estamos persuadidos de que no creerán exagerados nuestros temores, ni desatendibles las consideraciones que llevamos expuestas para que las madres las tomen en cuenta.

FANER.

FISIOLOGÍA SOCIAL

LAS HEBREAS DE TETUAN

(Conclusion.)

Hay que comenzar aquí, como en la fisiología de todas las familias humanas, por lo primero, por lo más importante de todo, por la educacion, que es el traspaso hereditario de lo físico, de lo moral, de lo intelectual y hasta de lo patológico, de padres á hijos.

Hasta parece que venga con la misma sangre lo más íntimo y lo más sagrado, que son los sentimientos, que son las creencias humanas.

Anima hominis in sanguine est.

Ya desde pequeñas hacen las hebreas aquellos movimientos particulares de cabeza al estar diciendo y repitiendo:

«Este año aquí, el año que viene en Israel, é hijos libres.»

Y por cierto que no sabía hacer semejantes movimientos el soldado, cuando, para interrumpir en el cementerio á la hebrea, repetía:

«Este año aquí, el año que viene aquí y siempre aquí.»

También diríase era en ellas hereditario el ódio á todo lo cristiano, lo mismo que sucede á las moras, las cuales, apesar de su incomparable esclavitud, creen en el falso profeta, y creen tanto, que las mismas preciosas hijas del rico Orsini decían un día á cierta jóven española, muy amiga nuestra, que sería mucho más dichosa creyendo como ellas en *Gim, Alak*.

Durante nuestra ocupacion de la *ciudad sagrada* de los moros se bautizó una judía en nuestro templo católico, la cual metió mucho ruido, siendo tan considerada y obsequiada, que el general excelentísimo Sr. D. Joaquin Morales de Rada fué su padrino, tanto en el casamiento como en el bautismo.

Algunos hebreos, disgustados, solían decir entonces, como para vengarse, que también en una ocasión una cristiana se hizo judía, y que al efecto le hicieron cuatro sangrías para sacarle toda la sangre cristiana de los *cuatro remos*, y que, para complemento, la tuvieron á dieta y le fueron proporcionando luego poco á poco la misma clase de alimentacion que usan ellos. Pero nada de esto aparece verdad, y sí sólo una fábula.

Decíamosle á una judía, tan bella como generalmente conocida, por qué no imitaba á la que había apadrinado el general Morales de Rada, bautizándose y casándose, y recuerdo dijo que «así como entre las españolas era su honor ser cristianas, en ellas era también ser judías.»

«Por lo demás, añadió, ya sé que es el amor más ardiente y el amor más fino el amor de España.»

Acostumbran llorar mucho á la judía que murió soltera, porque dicen gritando alrededor de la difunta, que «¡la hija de sus ojos no se casó, no vió alegría!»

Decíamos ántes que las judías se distinguen por la belleza corporal.

¿Qué podríamos decir de la belleza espiritual, hija principalmente de la religion que embelleciera un día el mundo con la civilizacion más admirable?

Distínguense por una inteligencia muy clara, así como por un despejo que llama á veces la atencion.

Algunas de las judías más distinguidas y visitadas por las familias de nuestros jefes, brigadieres y generales, aparentaban estar ya acostumbradas á un trato aristocrático y á no extrañarse de nada.

Hay algunas de las que, con sus maridos, acostumbraban ir con frecuencia á la Argelia y á Gibraltar, que hablan el español, el francés, el inglés y el árabe, bien ó mal, pero lo bastante para dejarse entender en todas partes.

Tanto como la inteligencia, hállase desarrollado entre ellas lo que llamarían los frenólogos el órgano de la *adquisividad*, así como el de la *sagacidad comparativa*.

En esta convicción, no podíamos menos de reir interiormente una noche de tertulia en casa de Samuel Garzon, y en la que cierta judía bellísima decía con aire de orgullo: «Para nosotras las judías, el dinero es basura, y lo es todo la dignidad y el honor.»

Ya sabemos que en todas partes cuecen habas, y que hoy día en todas partes hay demasiada afición al medicamento del doctor Chestien de Montpellier, tan dedicado con preferencia á los preparados de oro, que lo elevaría á panacea universal.

Después del Dios de Israel, al que quieren las judías más en el mundo es á Rothschild, y lo quieren con fundamento, porque es incalculable lo que reparte todos los años entre las hebreas infelices, con vestidos y alimentos.

Á más de que en todas las poblaciones sostiene de su tesoro particular un facultativo y una farmacia. El que había en Tetuan, que era también judío, era un práctico ilustrado.

Pero, apesar de Rothschild, son tan extraordinarios y de tal índole los padecimientos de los hebreos en todas partes, que parecen una maldición.

Todavía viven encajonados en aquel miserable barrio en que los dejamos al regresar á la patria después de la gloriosa campaña.

No es extraño se ilusionen pensando en nuestro próximo regreso.

Y que esa ilusion, en un día que se avecina, podría ser realidad.

España está destinada en África á una gran misión. Que puede cumplirla tanto más, cuanto que hay en nosotros un principio de unidad que no tiene ningún otro pueblo, y que hace latir armónicamente los corazones españoles.

Dígase cuanto se quiera en contrario, á la unidad religiosa débese principalmente el que hayamos sido poderosos, diciéndose de nuestro pueblo:

Que en su vuelo sin segundo
Debajo de sus alas tuvo al mundo.

Ya es tiempo de que las corrientes del cristianismo vayan purificando ese país, que no puede ya con la podredumbre del islamismo.

Y con las corrientes del cristianismo, las de la civilizacion.

No somos de los que creen en el antagonismo del cristianismo y de la libertad, del principio católico y del progreso.

¡Cristianismo y libertad! ¡Hé aquí los dos polos en que estriba la armonía y la felicidad de las familias de allende y aquende el estrecho de Gibraltar!

ANTONIO FREAN.

VARIEDADES

LEYENDA DE ALEJANDRO EL GRANDE

Siguiendo Alejandro su camino por medio de estériles desiertos y de terrenos incultos, llegó á un arroyuelo cuyas aguas corrían apacibles entre dos amenas riberas. Su superficie, no estando turbada por el menor viento, era la imagen de la tranquilidad, y parecía decir mudamente: «Esta es la mansión de la paz y del descanso.»

Todo estaba en calma y sólo se oía el murmullo de las aguas, que parecían repetir al oído del viajero detenido en sus orillas: «Acércate á tomar tu parte de los beneficios de la naturaleza,» y quejarse de que fuese inútil esta invitacion.

Esta escena hubiera sugerido á un alma contemplativa mil reflexiones deliciosas; pero ¿cómo podría lisonjear á Alejandro, enteramente ocupado en sus designios ambiciosos de conquista y cuyos oídos se habían acostumbrado al ruido de las armas y á los gemidos de los moribundos?

Alejandro pasó adelante; pero, obligado por el cansancio y el hambre, tuvo pronto que detenerse. Sentóse á la orilla del arroyuelo y tomó algunos sorbos de agua, que le pareció muy fresca y de un gusto exquisito. Se hizo servir algunos peces salados, de los cuales traía gran provision, y los sumergió en el agua para templar su excesiva acrimonia. ¡Cuál fué su admiracion al advertir que al sacarlos de ella esparcían una suave fragancia!

—Ciertamente—dijo—este arroyo afortunado y de tan raras virtudes debe venir de algun país rico y feliz. Vamos á buscarle.

Subiendo por la margen del arroyo, llegó Alejandro á las puertas del Paraiso, que estaban cerradas: llamó, y con su desembarazo acostumbrado pidió entrada; pero una voz contestó desde adentro:

—Tú no puedes ser admitido aquí: esta es la puerta del Señor.

—Yo soy el señor, el señor de la tierra,—replicó el impaciente monarca;—soy Alejandro el conquistador. ¿Qué tardais en abrirme?

—No,—le respondieron;—aquí no se conoce otro conquistador que el que doma sus pasiones; sólo los justos pueden entrar aquí.

Alejandro trató en vano de forzar la entrada de la mansión de los bienaventurados, y ni le sirvieron las amenazas ni las súplicas. Viendo que todo su empeño era inútil, se volvió al guarda del Paraiso y le dijo:

—Tú sabes que yo soy un gran rey, que ha recibido homenaje de todas las naciones; si no me permites entrar, dame á lo menos alguna cosa que muestre con admiracion al mundo que yo he llegado á este lugar, que no ha hollado ningún mortal ántes que yo.

—Ahí tienes, hombre insensato,—repuso el guarda del paraiso,—ahí tienes con qué sanar los males de tu alma. Una mirada á ese objeto puede darte más sabiduría que la que has recibido hasta ahora de tus antiguos maestros. Ahora, sigue tu camino.

Alejandro tomó con ansia lo que le daba dicho guarda y se volvió á su tienda; pero ¡cuál se quedó cuando, al observar el regalo, vió que éste no era más que un pedazo de calavera!

—¿Es este—exclamó—el regalo precioso que se hace á los reyes y á los héroes? ¿Es este el fruto de tantos trabajos, peligros y cuidados?

Lleno de cólera, y engañado en sus esperanzas, arrojó lejos de sí aquel miserable resto de un mortal. Pero un sabio que se hallaba presente le dijo:

—Gran rey, no desprecies ese dón: por poco apreciable que te parezca, posee virtudes extraordinarias, como puedes convencerte si tratas de equilibrarle con un pedazo igual de oro ó de plata.

Alejandro mandó que se hiciera la prueba: se trajo un peso, colocóse la reliquia en un platillo y un pedazo igual de oro en el otro. Mas, con admiracion de todos, el hueso pesó más, y haciéndose el experimento con otros metales, siempre fueron éstos más ligeros, y cuanto más oro se ponía en el platillo, más subía éste.

—Es muy extraño—dijo Alejandro—que tan pequeña porcion de materia pese más que tanto oro.

¿No hay ningún contrapeso que pueda establecer el equilibrio?

—Sí hay,—respondió el sabio;—muy poco se necesita para eso.

Y tomando un poco de tierra, cubrió con ella el hueso, el que se elevó al punto en su platillo.

—Esto es extraordinario,—exclamó Alejandro;—¿no podríais explicarme semejante fenómeno?

—Gran rey,—replicó el sabio,—este fragmento de hueso es el que contiene el ojo humano, el cual, aunque limitado en volumen, es ilimitado en sus deseos: cuanto más tiene, más quiere; ni el oro, ni la plata, ni todas las riquezas de este mundo pueden satisfacerle. Mas cuando una vez descende á la tumba y queda cubierto de tierra, entonces tiene un límite su ambicion.

P.

LOS NOMBRES DE PILA

Amalia, Amelia ó Emilia significa *amable*; Agueda, buena; Edmundo, *dueño dichoso*; Leopoldo, *buen señor*; Adriano, *valentía*; Aldegonda ó Olga, *guerrera distinguida*; Adalberto, *nobleza*; Oton, *señor*; Alejo, *caritativo*; Filemon, *beso de amor*; Catalina, *pureza*; Conradino, *atrevido*; Arsenio, *firmeza*; Ana, *gracia*; Eloy, *discrecion ó cordura*; Leoncio, *leon*; Adelaida, *jóven noble*; Atanasio, *immortal*; Nicolás, *victoria*; Valerio, *poder*; Lucía, Lucila ó Lucinda, *luz*; Olimpia, *que brilla en lo más alto del cielo*; Natalia, *nacimiento*; Alberto, *noble*; Ambrosio, *immortal*; Melania, *negra*; Anatolio, *aurora*; Aquiles, *recien nacido*; Heliodoro, *dón del sol*; Anastasia, *revivir*; Aureliano, *sol*; Berta, *ilustrísima*; Alfeo, *caritativo*; Zoe, *vida*; Ulrico, *feliz*; Odon, *rico*; Isabel, *juramento de Dios*; Polonia, *astro*; Adolfo, *socorro de Dios*; Aniceto, *invencible*; Apolonio, *astro bienhechor*; Adela, *nobleza*; Félix, *dichoso*; Enrique, *honor y poderío*; Sara, *perfume*; Marcelo, *marcial*; Tomás, *admirable*; Federico, *pacífico*; Margarita, *pedra preciosa*; Víctor, *triunfador*; Magdalena, *magnificencia*; Marta, *seductora*; Beatriz, *dichosa*; Sofía, *sabiduría*; Estéban, *corona*; Gustavo, *augusto*; Lorenzo, *laurel*; Filomena, *valiente*; Susana, *flor espléndida*; Clara, *ilustre*; María, *amargura*; Rodolfo, *caritativo*; Filiberto, *bravo*; Luis, *ilustre*; Agustín, *crecimiento*; Lope, *lobo*; Rosalía, *rocío*; Eleuterio, *libre*; Pulqueria, *bellísima*; Jacinta, *flor preciosa*; Alfredo, *pacífico*; Eulemia, *palabra agradable*; Rafael, *curacion divina*; Cipriano, *cipriota*; Edita, *nobleza*; Lamberto, *poderoso*; Mateo, *sabio*; Mauricio, *mauritano*; Justina, *justicia*; Armando, *guerrero*; Teodoro, *dón de Dios*; Miguel, *retrato de Dios*; Gerónimo, *nombre santo*; Gastón, *huésped*; Francisco, *libre*; Demetrio, *que viene de Dios*; Eduardo, *constante en su fé*; Lucas, *luz brillante*; Teresa, *huraña*; Ursula, *osa*; Evaristo, *óptimo*; Simon, *obediente*; Ermelinda, *hija de guerrero*; Paulina, *reposeo*; Juan, *muy gracioso*; Salomon, *pacífico*; Pedro, *roca*; Pablo, *reposeo*; Claudio, *cojo*; Medardo, *poder*; Pelagio, *que viene del mar*; Ireneo, *pacífico*; Diana, *luz*; Bernabé, *consuelo*; Rosalina, *semejante á la rosa*; Valerio, *poder*; Erasmo, *amor*; Clotilde, *ilustre*; Teobaldo, *atrevimiento*; Julia, *juventud*; Ester, *estrella*; Berenguer, *varon*; Felipe, *aficionado á la equitacion*; Segismundo, *querido de la victoria*; Estanislao, *gloria*; Gisela, *compañera*; Eladio, *griego*; Mucio, *bravo y fiel*; Casiano, *severidad*; Flavio, *rubio*; Hermas, *guardian*; Teótimo, *amado de Dios*; Jorge, *labrador*; Roberto, *orador*; Zita, *paz y silencio*; Hugo, *hombre previsor*; Manuel, *prometido de Dios*; Camila, *doncella noble*; Cunegunda, *mujer noble*; Casimiro, *jefe de la casa*; Teófilo, *que ama á Dios*; Rogerio, *orador*; Gregorio, *vigilancia*; Eufrasia, *alegría*; Cirilo, *señor*; Valentin, *fuerte*; Samuel, *dón de Dios*; Teodulo, *servidor de Dios*; Faustino, *signo de felicidad*; Elías, *fuerza divina*; Onésimo, *complaciente ó servicial*; Silvano, *amigo de los bosques*; Simeon, *oyente*; Matías, *dón de Dios*; Honorina, *victoriosa*; Leandro, *dulzura*; Nestor, *recuerdo*; Dorotea, *dón de Dios*; Escolástico, *estudioso*; Eulalia, *de agradable conversacion*; Verónica, *verdadera imagen*; Hilario, *alegre*; Mauro, *moro*; Guillermo, *protector*; Sulpicio, *caritativo*; Mario, *firmeza de carácter*; Sebastian, *respeto*; Fabian, *venerable*; Inés, *casta*; Epifanio, *ilustre*; Vicente, *vencedor*; Fulgencio, *brillante*; Eufrosina, *prudencia y alegría*; Basilio, *real*; Tito, *honorable*; Luciano, *luminoso*; Gudula, *adolescencia*.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal, por el Dómine Lucas.—El mes de Enero, por D. Luis B. Palmér.—La Geografía en el siglo V ántes de Jesucristo, por D. Mario Mendez.—La Virgen del Reposo, poesia, por D. Manuel Cano y Cueto.—El deber olvidado, por Faner.—Fisiología social: Las hebreas de Tetuan (conclusion), por D. Antonio Frean.—Variedades; Leyenda de Alejandro el Grande, por P.—Los nombres de pila.

ILUSTRACIONES.—Viaje á Torrijos: apunte por D. Tomás Povedano; fototipia por D. Enrique Peña.